

1.

Manifesto









Hand

△ △ △ △ △ △ △

EMPRESA



DE LAS

Plazas de Toros de Vista Alegre

MADRID

BILBAO

MANIFIESTO A LA AFICIÓN

== y público en general ==

NOTA

Este folleto se re-  
parte gratis.







::: MANIFIESTO :::

— A LA AFICIÓN —

Y PÚBLICO EN GENERAL





---

---

TALLERES TIPOGRÁFICOS  
**EXCELSIOR**

Guillem de Castro, 151.—VALENCIA

---

---





## INTRODUCCIÓN

---

**E**s bastante unánime la creencia de que los que del público hemos de vivir a él debemos, no sólo atención para satisfacer con el mayor acierto posible sus naturales exigencias, puesto que al entregarnos su dinero adquiere un derecho a mandarnos, sino que también tenemos la obligación de someternos en un todo a sus juicios sobre nuestra gestión, ya sean éstos favorables o adversos, justos o apasionados.

Opino como la generalidad; y cuantas censuras o aplausos se me dirijan por el público, dueño y señor de fiscalizar todos mis actos como empresario, serán recibidos y aceptados con todo respeto y sumisión. No obstante estas manifestaciones, que con gran sinceridad expongo, hay que reconocer la existencia en algunos casos que, aunque poco frecuentes no por ello me-

nos dignos de tomarse en cuenta, de excepciones de esta regla general, en los que una empresa tiene el deber de dirigirse a su público, usando el medio más adecuado al objeto para prevenirle si alguien, interesado en extraviar su opinión, pueda sorprenderle arteramente.

Por fortuna, este recurso, verdaderamente excepcional, no ha llegado ni creo que jamás habré de recurrir a su eficacia, agradecido a las múltiples pruebas de consideración recibidas por todos y a la buena acogida dispensada a mi nueva personalidad empresaria por los profesionales de la crítica, que, aun sin haberlo merecido, me anticiparon sus simpatías.

El motivo que inspira este modestísimo trabajo es tan sólo el vehemente deseo que siento por exteriorizar un pensamiento, que juzgo de gran transcendencia, influyendo en este juicio el que tal pensamiento ha sido largo tiempo acariciado en mi mente, sin que ni un momento siquiera haya dejado de parecerme bello y utilísimo para el bien de mis semejantes.

Para la mejor exposición de mis ideas dividiré mi pequeño folleto en tres partes, que título: *Quién soy, A qué vengo y Por qué vengo*; y con esto y recomendarme a la benevolencia de mis lectores, hago punto final aquí.

C. G.

## Quién soy

Torero desde mis primeros años, tuve forzosamente que atemperar mi natural modesto a las exigencias de una profesión todo gallardía y majezà, condiciones las más a propósito para que un espíritu joven se sienta arrastrado por la exhibición vanidosa, de la que confieso no pude sustraerme a pesar de mi temperamento y educación.

Cuando más adelante pertinaz dolencia me apartó de un arte al que dediqué mis primeros y más ardientes amores, al encontrarme ya dueño de mi persona, mi naturaleza recobró todo su imperio y juré, desde lo más íntimo, ser para siempre el prototipo de la modestia, rehuendo con toda energía cualquier motivo de lisonja de carácter público.

Firme en esta creencia he vivido muchos años laborando en silencio la creación de un modesto porvenir para los míos, aunque simultáneamente pensando no se debe abandonar, si es posible, la idea de ser útil a los demás.

Esto, que empezó a ser una bonita idea, un oasis en el inmenso desierto que el egoísmo humano, en el que todos arrojamos nuestra parte de arena que lo mantiene candente, ha llegado, con la acción del tiempo, con la reflexión y el

estudio constante en el gran libro de la Naturaleza, a ser una obsesión de mi vida.

Hacer el bien en la reducida esfera de acción que alcanza el particular, y más si éste no posee extraordinarios medios económicos, es tarea sencilla que permite guardar el incógnito; ensanchar esta idea, dándole gran impulso, ya es mucho más difícil si no se sacrifica el principio modestia.

Largo tiempo han luchado en mí tan opuestas tendencias, resistiendo, tenaz, la preocupación de no hablar a nadie de mí; pero, ¿qué son a la postre en los grandes ideales las personas sino átomos sin valor, cantidad despreciable en la resolución de problemas transcendentales?

Sólo así, aceptando tan necesario sacrificio, me atrevo aquí a mezclar mi minúscula personalidad, juzgando que para la mayor comprensión de mis teorías es preciso dar a conocer algunos rasgos de mi vida.





## A qué vengo

El constante e íntimo trato con los toreros, nunca interrumpido a pesar del alejamiento del activo en la profesión, y mi naturaleza, inclinada a la observación, han dado como resultante un estudio completísimo del tipo popular, que tanto interesa y acerca del cual las mejores plumas como los más insignes pintores y escultores no han sabido, en sus múltiples trabajos, describir, retratar o modelar con veracidad, pareciendo más bien lo que han hecho ridículas caricaturas, que en nada favorecen a una de las clases más dignas del aprecio y consideración de la sociedad.

Claro está que en estas apreciaciones, que se refieren a una clase, siempre se sobreentiende que es en términos generales, sin intervención en ningún sentido de las excepciones.

Nacido el lidiador de las esferas más humildes de la sociedad, las privaciones que rodean su cuna, el desaliño que engendra la miseria, no le permite en sus primeros años pulir las aptitudes que madre Naturaleza se sirvió legarle como patrimonio, especie de arma para la lucha por la existencia.

Con escasa cultura, llevando sólo en sí la noble aspiración, no sólo de su mejoramiento social,

si que también ese innato romanticismo que nos impulsa a arriesgadas empresas por llegar a las más elevadas cumbres de la popularidad y de la gloria, sirviendo para ello de acicate poderoso el estímulo del contacto con los afortunados vencedores, ¿qué de particular tiene que el audaz jovenzuelo aprenda desde muy niño a jugarse a diario la vida para triunfar?

Así de esta manera se forjan poco a poco estos verdaderos caracteres, cuya fuerza templada, sutil y gradualmente en los peligros, llega, fisiológica y moralmente, a determinar un extraordinario desarrollo en ese órgano tan esencial para la vida, que se llama corazón.

Corazón y cerebro son en la actualidad los dos motivos en que apoyan los filósofos sus más reñidas controversias, ya que hay razas en las que el primero es el eje donde convergen todas las manifestaciones de su vida colectiva, que marcan la personalidad de un pueblo, mientras que otras sólo son cerebros cuya capacidad discurre sólo el medio de ensanchar su esfera de acción, atentos sólo a sus cálculos, en los que no interviene para nada como factor ese órgano cuyos latidos, si existen, apenas tienen sensible vibración.

Yo, aunque no tengo la pretensión de que todos coincidan conmigo, me declaro, más que por temperamento por profunda convicción, partidario del sistema que representa nuestra sangre latina, y aun creo firmemente en la necesidad de establecer el equilibrio entre sí; pero para

mi será siempre la base para la formación de un ciudadano perfecto, que éste posea corazón bien templado para resistir la adversidad y que sepa a un tiempo conmoverse ante la desgracia ajena.

En este sentido el torero es un factor social de primer orden, y en corroboración de lo que afirmo citaré algunos casos, al azar, en los que se manifiesta de manera harto elocuente la exactitud de mi aserto.

A diario y de continuo en el ejercicio de su profesión interpone su cuerpo entre la fiera y el compañero en peligro, sin que para ello sirva de argumento la retribución de su trabajo, puesto que en algunos lances puede muy bien hurtar hábilmente la ocasión y no lo hace.

Son innumerables las obras de caridad, actos de compañerismo, ejemplos de altruismo espontáneos no conocidos, que a granel siembran estos hombres, cuya rudeza forma digno *pendant* con la nobleza de sus sentimientos.

Modernos caballeros andantes por el amor a su profesión, sin más divisa que su pundonor, recorren la Península en todas direcciones, llevando a todas partes la animación, vida y alegría que promueve ese enorme trasiego de muchedumbres, creadoras de riquezas, vehículo de progreso y confraternidad de las regiones. No hay calamidad pública a la que no presten su desinteresado concurso: ellos toman parte en las corridas benéficas organizadas con móviles tan plausibles, ofreciendo notable contraste con la conducta observada por las demás clases de la

sociedad, precisamente las más encumbradas, que muchas, muchísimas veces, no son modelo de administración del producto de tanto esfuerzo generoso.

Alguien me objetará que el diestro se hace rico cobrando enormes cantidades. Esto no es cierto; pues, ¿qué significa que media docena de ellos se hagan ricos, si los demás, exponiendo igualmente su vida, apenas si pueden vivir con lo que ganan?

Otros me dirán que el torero deja mucho que desear en sus modales. Nada tiene de particular que en algunos casos ocurra esto, puesto que ya sabemos su humilde procedencia, y es maravilloso lo que da de sí el torero que por su propio esfuerzo se redime, instruyéndose y educándose sólo con el trato de las gentes, mientras existe una falange de individuos que vieron sus primeros días en doradas cunas y merecen se aparten de ellos las personas discretas por no escuchar sus sandeces y procacidades.

Otros muchos argumentos, cuyo positivo valor me suministra la interesante personalidad de estos artistas, podría añadir, pero temo extenderme y fatigar a mis lectores.

Analizada bajo otro aspecto, no puede ser la vida del torero más interesante ni prestarse mejor a detenido examen por los que busquen extraer enseñanzas provechosas y distinguir el verdadero valor de lo que reluce con reflejos de oro y brillantes y no son más que oralina y talco.

Siempre instalado en hoteles, lejos del amor de la familia, rodeado del fingido afecto de los innumerables figurones o parásitos que forman su corte, amargada su vida por la continua angustia y mortal ansiedad que el natural instinto de conservación proporciona en esas interminables horas que anteceden a la celebración de la fiesta, no encuentra en su carrera más puras satisfacciones, motivos de franca y legítima alegría, que el dominio de su difícil arte, pues hasta la vanidad de ser aclamado, el calor del aplauso llega a no tener para él valor alguno.

Un hombre así merece, y así debiera otorgársele por los que se destacan de la vulgaridad, toda clase de respetos y cariño que le compensara de los continuos desengaños; pero en verdad que sucede todo lo contrario.

Existe tal atmósfera en las regiones de lo que se llama intelectualidad, que raro es en España el literato que, aun yendo a los toros y frecuentando la amistad de los toreros, no rompa una lanza en sus escritos en contra del espectáculo.

Yo no sé si me equivocaré calificando esto de vicio o delito de lesa patriotismo, porque aquí existe la tendencia de combatir lo nuestro, aun por los que más blasonan de españolismo.

Indudablemente fué un error llamar a las corridas de toros fiesta nacional, pues con ello se le infirió grave ofensa al arte, que sólo por serlo, no cabe en los estrechos límites que marcan unas fronteras; sólo por esto quedaron localiza-

das en nuestro decaído país, privándolas de la expansión a que sus bellezas y rasgos viriles las hacen acreedoras, aun en los pueblos más cultos, que tienen que conformarse con otros espectáculos, que, aun siendo más bárbaros, ni interesan ni emocionan.

De algunos años a esta parte viene recrudeciéndose la infame campaña que se hace a una de las más bellas manifestaciones del arte, utilizando sus detractores como argumento supremo la antipatía que les produce el fetichismo que inspiran en las muchedumbres sus más esforzados campeones.

Esto sería verdad si la adoración fuese a sus personas, lo cual siempre resulta repugnante; pero queda demostrado que esta admiración sólo va dirigida a su arte, por cuanto al retirarse del toreo el idolo se queda solo.

Estas campañas difamatorias, en las que sus decadentes mantenedores utilizan todos los recursos, no serian nunca de temer, pues en España es de todos conocido el juego de estos caballeros, a quienes hacen el negocio los mismos aficionados que compran el periódico o asisten al espectáculo *antiflamenco* sólo por mera curiosidad, proporcionándoles así un ingreso, que es lo que más interesa a los directores de la farándula.

Pero el peligro no está ahí, pues sabido es que en nuestro país tiene tal arraigo este bellissimo *sport*, que no puede morir, a pesar de las aviesas intenciones de sus detractores sistemáticos.

El peligro puede venir de fuera; conocida es la tremenda conmoción que en estos momentos experimenta Europa, en cuyo corazón riñen cruenta batalla dos civilizaciones, lucha que presenta todos los caracteres de un inmenso volcán, cuyas consecuencias se han de manifestar, seguramente, en un desquiciamiento de la humanidad entera.

Afortunada y milagrosamente, hoy estamos libres del contagio de esa enfermedad de muerte; pero si las salpicaduras de esa catástrofe nos alcanzaran y con la perturbación natural que estas grandes sacudidas producen en los países se modificara el poder real en un sentido más extranjero que el actual, ¿no se correría el riesgo de que pereciera a manos de un decreto (esto ya lo hizo Maura) un arte tan sugestivo, matando tan preciada fuente de riqueza? Porque si esta supuesta nueva realeza pidiera consejo a la intelectualidad que padecemos, a buen seguro que se suprimiría la fiesta por cruel, sanguinaria e inmoral, pues todas estas cualidades le atribuyen estos *sesudos homes* tan partidarios de que en el cuadro de nuestras costumbres dominen las tonalidades grises, sin tolerar ni por asomo ninguna pincelada atrevida que descomponga con su nota luminosa su mal entendida armonía del conjunto.

Causa asombro y pena ver cómo la mayoría de nuestros detractores sostiene en cambio la supremacía de la civilización basada en la agresividad militar, llamando despiadadamente de-

cadentes y degenerados a los países que sólo a la paz fian sus futuros destinos.

A pesar de estos escrúpulos aplicados a nuestra fiesta, encuentran culto y educador todo espectáculo que de fuera venga, aunque se espolee despiadadamente al caballo que muere de fatiga, reventando de paso a su jockey; se exponga el gimnasta a hacerse papilla los sesos en los mil variados ejercicios, más atrayentes cuanto mayor es el riesgo; se aventure el domador a admirar las interioridades del estómago de un león si al introducir la cabeza en sus fauces se le ocurre cerrar la boca al animalito; se revienten la cara a *trompás* dos afamados brutos ante el regocijo de sus finisimos y delicados espectadores. En una palabra: en las mil diversas formas con que el hombre satisface la necesidad de hacer algo que le aparte un momento de la inevitable monotonía del vivir.

Para precaver este peligro, y para anular en lo sucesivo la posibilidad siquiera de campañas, que aunque se estrellen contra el granito que representan vuestra honradez y valer extraordinarios, no por eso dejan de molestar, formando un pequeño estado de opinión que puede ser nocivo, yo me atrevo, mis queridos amigos los toreros, a proponeros un medio, no para dignificaros, que no lo necesitáis, sino para que aumente más aún la simpatía que siempre habéis inspirado y fundamente así vuestra personalidad, no en la benevolencia que tolera, sino en la base sólida que otorga un derecho por



la virtud conquistado. Sabido por todos es lo asequibles que sois a los llamamientos que de múltiples maneras os hace la caridad; muchas y variadas son las fiestas organizadas en las que ofrecéis desinteresadamente vuestras vidas para practicar una de las más hermosas obras de misericordia: «Dar de comer al hambriento».

Con ser esta virtud de extraordinaria belleza, existe otra no menos sugestiva, pero de muchísima mayor eficacia, puesto que así como la limosna material sólo alivia de momento, enseñando al que no sabe se le redime por completo, dándole armas poderosas, no sólo para procurarse el sustento, sino para ponerle en condiciones de ser útil a sus semejantes, realizando el milagro sólo comparable a aquella multiplicación de panes y peces de que nos habla la Sagrada Escritura, convirtiendo al mendigo en rico, al protegido en protector.

Con este fin debiéramos señalar en España una fecha para celebrar un festejo en la Plaza que, por su capacidad y facilidades que dé el empresario, ofrezca mayores garantías de éxito.

Este festejo, en el que deben reunirse los mejores elementos, tanto en toros como en toreros, regalados los primeros, prestando su concurso gratuito los segundos, el buen público acudirá en tropel, llenando por completo el Circo, por grande que sea, poseído de santo orgullo y entusiasmo, en el que se confundirán todos los que tengan la dicha de actuar y presenciar un acto tan sublime.

Obtenida una crecida suma en esta gran corrida, que yo me atrevería a llamar «Fiesta de Cultura», aunque algún académico se oponga, podría quedar lo recaudado a cargo de una comisión, compuesta de las más ilustres personalidades. Esta podría encargarse de instituir y cuidar un Centro pedagógico, que los toreros tendrían el orgullo de sostener con su anual festejo.

La idea expuesta es el objetivo único de la publicación de este folleto. Tengo la convicción de que acogeréis con simpatía, con verdadero entusiasmo un proyecto que deja de serlo en este mismo momento, pues la realidad comienza, estoy seguro, en el momento de ser conocido por vosotros, ya que sois los mejores y constituís una gran fuerza que, secundando esta idea, hará que suba al cerebro lo que indudablemente todos tenemos en el corazón, creando con ello un avasallador estado de opinión, que dé al traste con nuestra tradicional inercia y obligue a los poderes públicos al tan ansiado resurgimiento de la vida nacional.



## Por qué vengo

Hace muchos años tengo hecho un detenido estudio de las ideas que, en lenguaje desprovisto de todo artificio, he tenido el gusto de comunicar a mis lectores en este atrevido folleto, juzgando que un pensamiento en que tanta generosidad puede acumularse, que tanta transcendencia social puede alcanzar, no debía quedar inédito, me dirigí a la única persona indicada para que hiciese suyos nuestros ideales, imprimiéndole el sello de su prestigiosa personalidad; en la carta que escribí puse toda mi alma, y en ella pedía sólo un puesto en filas en caso necesario, pero soldado anónimo que sólo aspira a ayudar a su jefe.

Fué una verdadera desgracia que circunstancias muy atendibles, merecedoras de todo respeto, no permitieran a la persona aludida tomar la iniciativa, que hubiese sido garantía segura del éxito.

En vista de este mi primer fracaso, y a falta de una personalidad que pudiera imponerse para el objeto, discurri el único medio: ser empresario.

Para ello se oponía la natural repugnancia que siempre inspira un mal negocio, maldad que se acentúa cada vez más por una tributación

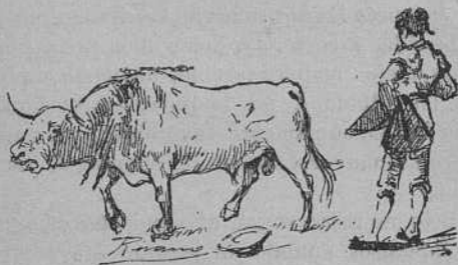
tan absurda como desproporcionada: Algunos ganaderos, especie de cordelillo para los desesperados, influencia perturbadora del apoderado vivo en las negociaciones con los diestros y una porción de factores que *alegran*, hasta casi producir la congestión, la vida del empresario.

Decidido al fin, mucho trabajo me ha costado serlo (el suicidio tampoco se consigue con facilidad); pero ya tengo en mi poder dos Plazas de Toros, donde independientemente de lo que se haga por los encargados de recoger mi idea, reuniré un día al año los mejores elementos que trabajen gratis, y yo creo que con la libre cesión de Plaza, dependencia y accesorios en día el más apropiado; alambicando los gastos hasta que queden reducidos a la más mínima expresión, se podrá recaudar una buena suma, cuyo destino será el dar gran impulso a este mágico lema: INSTRUCCIÓN, EDUCACIÓN; y de esta suerte, predicando con el ejemplo, llegaremos a convencer a los más empedernidos enemigos.

Ahora, a recorrer con paso firme el calvario que voluntariamente me he impuesto: disgustos no han de faltarme; ya me imagino los comentarios que mi *excentricidad* provocará; entreveo las caricaturas dedicadas a mi insignificancia, como justo castigo a la osadía de tratar en serio asuntos que se deslizan entre perpetua chufia; se dudará de la integridad de mis facultades mentales, y en inmensa ola de ridículo se pretenderá arrollarme por los naturales enemigos de la casa de enfrente, y por una infinidad de es-

pontáneos que se crearán sólo por *sport*, pues no hay placer en el mundo comparable con saccar del prójimo tiras de pellejo.

Paciencia no me falta para resistir; pero si algún día este caudal, que yo juzgo inagotable, no fuese suficiente, me iría a mi casa, resignado y contento, porque la semilla ya está echada en el surco de fecunda tierra; su enorme fuerza vital la hará germinar, y tengo la esperanza de que no faltará alguien, más capacitado o colocado en mejores condiciones que yo, que haga crecer el árbol cuyo sabroso fruto tanto bien ha de hacer a la humanidad.



## EPÍLOGO

---

Había olvidado, enardecido por el calor de las ideas, que también me dirigía a la afición, y algo he de decirle de mis proyectos de empresario.

Descenderé al terreno que todo empresario debe para que no se salgan con la suya los que confunden la bondad con la primada, cosas ambas muy distintas entre sí; procuraré que salgan por el chiquero más toros que bueyes, aunque en esto suelen fracasar los empresarios de mejor buena fe, por ser hoy muy crecido el número de toros mansos que dan las ganaderías; estudiaré a conciencia las aptitudes de los diestros noveles de la villa y corte, a quienes alentaré y guiaré de la mejor manera posible, haciendo lo propio con los bilbainos, por lo que se establecerá un intercambio sumamente favorable para que alcancen el mayor éxito en sus simpáticas aspiraciones.

Sólo me resta rogar al *respectable* comprima sus aplausos cuando mi gestión sea acertada para que, como compensación a la hora de las pedradas, lleven éstas la menor fuerza posible.

De lo que quedará altamente reconocido vuestro seguro servidor,

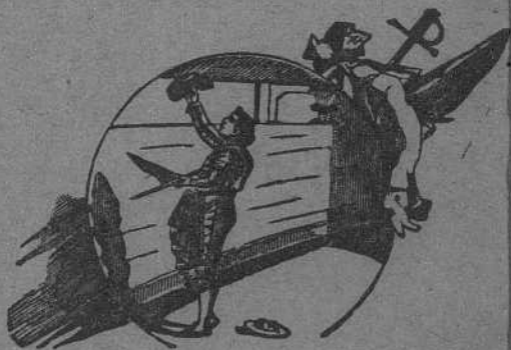
*Carlos Gasch*



















**MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS**

**BIBLIOTECA**

Pesetas

Número. <b>431</b> .....	Precio de la obra.....
Estante. ....	Precio de adquisición..
Tabla... ..	Valoración actual.....
	Número de tomos. ....

45



